

Carlos Jiménez de Parga

En la inmensidad del camino celeste

Prólogo: Albert Viciano Vives



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°66—
MADRID • MMXVII

De la obra © CARLOS JIMÉNEZ DE PARGA

Del prólogo © ALBERT VICIANO VIVES

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustraciones interiores © ODILE REDON

Fotografía de cubierta © Licencia de Getty Images

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Enero 2017

I.S.B.N: 978-84-946262-8-9

Depósito legal: M-1499-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

No conozco ningún otro signo de superioridad que la bondad.

LUDWIG VAN BEETHOVEN

Feliz el sabio que ha podido averiguar las causas de las cosas y somete al miedo y al inexorable destino evitando a todos tropezar en importunos errores pese al estrépito del codicioso Aqueronte.

VIRGILIO (Geórgicas, II 490-492)

El vuelo del espíritu de amor refulgente se eleva más que el del vano laurel terrenal cuando ansía reunirse, en un solo instante, en el celeste centro imaginario donde pervive su recuerdo incansablemente.

CARLOS JIMÉNEZ DE PARGA

CANTO IV

[...]

*Y Beatriz me miró, llenos su ojos
de amorosas centellas tan divinas,
que, vencida, mi fuerza dio la espalda,
casi perdido con la vista en tierra.* 141

CANTO V

*Si te deslumbro en el fuego de amor
más que del modo que veis en la tierra,
tal que venzo la fuerza de tus ojos,* 3

*no debes asombrarte; pues procede
de un ver perfecto, que, como comprende,
así en pos de aquel bien mueve los pasos.* 6

*Bien veo de qué forma resplandece
la sempiterna luz en tu intelecto,
que, una vez vista, amor por siempre enciende;* 9
[...]

DANTE ALIGHIERI. (Divina Comedia. Paraíso)

EN LA INMENSIDAD
DEL CAMINO CELESTE

PRÓLOGO

«Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto
hasta que repose en Ti»

(AGUSTÍN, *Confesiones* 1,1,1)

En el núcleo de este hermoso poemario, *En la inmensidad del camino celeste*, se cobija un enamoramiento que marca la vida de una persona —en este caso, del poeta Carlos Jiménez de Parga— para el resto de sus días. Mientras el estudiante de ingeniería informática, nacido en Murcia, recorría con espíritu de retiro y concentración el Camino de Santiago (agosto de 2002), se encontró con una joven peregrina madrileña, de nombre Celia, de quien se enamoró enseguida. Aunque las circunstancias del itinerario de cada uno los obligaron a mantener un fugaz trato, los breves pero intensos momentos vividos juntos causaron tanta mella en el ánimo de Carlos, que desde entonces la figura de Celia se convirtió para él en uno de los luceros que iluminan su vida como si fuera una de las muchas estrellas que configuran la Vía Láctea alumbrando desde la transcendencia la realidad terrena y llenándola de pleno sentido. En la mayoría de los poemas late ese amor de Carlos por Celia, que recuerda, salvadas las distancias, el de Dante por Beatriz o el del Quijote por Dulcinea.

Transcendencia es el término que tal vez mejor resume el contenido poético que en los versos rezuma: una transcendencia que el poeta anhela alcanzar impulsado por su amor hacia la hermosa peregrina: «pues siendo tú la más bella Ganímedes / que sabio hombre llevara a las alturas» (*Soneto XLVI*), una transcendencia que eleva el espíritu humano

hacia la fuente que da sentido a la vida desde las alturas. Siguiendo el trazado de la filosofía de inspiración platónica, Carlos da el salto de las apariencias de este mundo, tantas veces prosaico o rastrero, para recalar en la belleza suprema de la que procede la felicidad humana. Así, desde Madrid, ciudad especialmente estimada por nuestro poeta, se alza a la ciudad eterna del cielo, imagen ésta (la del salto de la ciudad terrena a la ciudad celeste) que se inspira en *La Ciudad de Dios* de san Agustín: «Oh Madrid, que iluminas las arcanas / alturas del sinfín cielo nocturno / en la egregia ciudad de un feliz tiempo // que en angélicos cánticos arrastra / a los amantes fuera de este mundo / a la ciudad celeste de lo Eterno» (*Soneto XIX*). La relación entre ambas ciudades, la mundana y la celestial, lo lleva a imaginar «una intrépida escalera / por donde descendieron con cuidado / la terna que les dio la libertad» (*Soneto XXV*) y, por tanto, la felicidad.

Los 50 sonetos, 2 casidas, 1 serventesio, 1 elegía y 16 versos libres estimulan al lector a alejarse de la predominante tendencia, presente en la sociedad actual, de priorizar aspectos materialistas y de asegurar negocios exitosos, para por el contrario adentrarse con valiente osadía en una vivencia espiritual rica en valores propios de la vida interior. La transcendencia se palpa en la intimidad del corazón del poeta, que se abre al lector como si de una confesión se tratara, para contagiarlo de su enamoramiento por lo celeste: «Pues por ti crucé los extensos mares, / por ti escalé las más remotas estrellas, / por ti conquisté los inalcanzables sueños, / por ti cedí mi amor al cruel destino, / y por ti, en fin, debo toda mi vida» (*Descensus ad inferos*).

La vida interior del poeta se mueve entre crisis o sacudidas espirituales y momentos de paz o tranquilidad. Carlos, tras su encuentro con Celia en el Camino Jacobeo, experi-

mentó una transformación íntima, fruto de la cual es la elaboración del poemario que ahora se presenta. Pero esa transformación ha abarcado otros aspectos aún más importantes para su vida, como es el abandono de planteamientos superficiales de comportamiento, por mucho que algunos de ellos gocen del falso prestigio de lo «políticamente correcto». A partir de aquel encuentro, nuestro autor se interesó intensamente por la lectura de escritores clásicos de la literatura universal, gracias a los cuales aprendió a «desvelar» lo que la sociedad circundante le tapaba: encontró el amor a la sabiduría en vez de la trivialidad, encontró el afán por la belleza en vez del brillo social, encontró la justicia social en vez del éxito económico. La palabra griega «aletheia», que equivale a «verdad», etimológicamente significa «lo desvelado»: la verdad se descubre eliminando los velos de las apariencias. Y sobre la base de la verdad se fundamenta la felicidad personal. Conocimiento de la realidad y ética de la felicidad se comunican, pues, intrínsecamente.

Los poemas de Carlos se sitúan, pues, en las antípodas de lo que recientemente se ha denominado la «postverdad». El neologismo *post-truth*, que el diccionario de Oxford, además de incorporarlo en su elenco de entradas, considera la palabra más representativa del año 2016, significa que al hombre contemporáneo le ha dejado de interesar la verdad como valor absoluto porque prioriza sus emociones o sus visiones personales sin importarle que sus conceptos coincidan con la realidad. Esto se ha puesto en evidencia en 2016 con el éxito de los populismos en distintos contextos políticos del planeta. En los discursos postverdaderos no importa si algo es cierto o no: la autenticidad pasa a ser secundaria, lo que interesa es transmitir mensajes que convenzan a la gente, apelando a las emociones, al margen de si los

mensajes son verdaderos o falsos. Ahora bien, la postverdad jamás producirá la anhelada felicidad ni solucionará problemas, sino que acrecentará aún más el desengaño y la frustración, además de retardar la solución de los problemas, justo aquello de lo que Carlos ha aprendido a huir. Podría contraponerse la «postverdad» al saludo «ultreia» (del latín *ultra*, más allá, y *eia*, interjección que exhorta a mover), con el que los peregrinos compostelanos se desean ánimos esperanzadores de cara al futuro, porque el más allá del saludo «ultreia» no es el embauco alienante de la «postverdad», sino que apunta hacia la Verdad misma.

Las fuentes principales de los presentes poemas son no sólo autores clásicos grecolatinos (Homero, Platón, Virgilio, Horacio, Ovidio) y autores tardoantiguos como Agustín, sino también poetas medievales del amor cortés, humanistas como Dante o Petrarca y autores modernos como Cervantes, Garcilaso, Shakespeare o Milton, sin dejar de lado escritores contemporáneos como Keats o Neruda. Además, la Biblia también subyace en el transfondo del pensamiento de Carlos. Han sido unas lecturas tan aprovechadas en estos últimos diez años, que a la hora de componer los versos el autor ha sabido conjugar en armónica inspiración pensamientos bíblicos con retazos de la mitología grecorromana, aires cervantinos con evocaciones dantescas o miltonianas, sentimientos del amor cortesano con estética romántica. Un ingeniero en informática ha enriquecido así su cultura tecnológica con la adquisición de un humanismo de raíces clásicas y cristianas: un comportamiento ejemplar.

La combinación de mentalidad ingeniera y de inspiración poética clásica se constata también en el rigor de la versificación. Carlos se mantiene fiel al esquema métrico

del soneto, que desde Petrarca es considerado la estructura más apta para la expresión del enamoramiento, y de los demás versos medidos. En lo que al soneto se refiere, Carlos se atiene a las exigencias rítmicas de la acentuación silábica en los endecasílabos, al esquema estrófico de dos cuartetos y dos tercetos, a la rima predominantemente asonante y a figuras retóricas como el encadenamiento, la aliteración, la metáfora, el clímax y otras. A decir verdad, la rima del soneto tendría que ser consonante, según establece el canon clásico establecido en el Renacimiento; sin embargo, nuestro poeta ha decidido introducir un toque de modernidad optando por que sus sonetos sigan una rima asonante, lo cual aporta una frescura literaria al lenguaje poético. El estilo clasicista, adornado de elegante vocabulario, se nos presenta joven porque en todo momento aletea una sinceridad de lo más profunda, alejada del pastiche hipócrita que embauca con disimulo la mentira. Aquí la palabra es bella porque es veraz.

El amor cortés, nuclear en la lírica de la Europa medieval, se deja sentir en los versos del enamorado Carlos. Su admiración por Celia recuerda la idealización de las damas de las cortes señoriales en la élite urbana del Medievo, la total sumisión —y gozoso sufrimiento— del amante a la dama, la cual, estando distante, es presentada como un compendio admirable de perfecciones físicas y morales. Así, el estado amoroso viene a ser un estado de gracia que ennoblece a quien lo vive. La expresión del amor cortesano se entrecruza en el poemario con imágenes procedentes de la mitología clásica grecolatina que salpican numerosos sonetos.

En la inmensidad del camino celeste plasma con honda hermosura literaria la vivencia espiritual de alguien que ha empezado a dar un salto desde el amor humano a la

eternidad. No es la primera ni última vez que esto ocurre en la historia de la humanidad, pero sería deseable que ocurriera con mucha más frecuencia porque, sin duda, todos nos beneficiaríamos de personas que aman la verdad sin tapujos hipócritas.

A este respecto resulta ilustrativo mencionar la diferencia que los estudiosos, como Nygren, aprecian entre «eros» (en latín, *dilectio*), cuya máxima elaboración filosófica se debió a Platón, y la «ágape» (en latín, *caritas*) del cristianismo primitivo: el «eros» griego es deseo de perfección, tensión mediadora que posibilita el ascenso desde lo sensible hasta lo suprasensible, fuerza que tiende a adquirir la dimensión de lo divino. El nuevo concepto bíblico de amor («ágape») es de naturaleza muy distinta; en primer lugar, el amor no es un ascenso del hombre, sino un descenso de Dios hasta el género humano; no es algo adquirido, sino un don; no es algo provocado por el valor del objeto al que se dirige, sino algo espontáneo y gratuito. Mientras que para los griegos es el hombre —y no Dios— el que ama, para los cristianos es sobre todo Dios el que ama, y el hombre sólo puede amar en la dimensión del nuevo amor si lleva a cabo una radical revolución interior y asimila su propia conducta a Dios. Hasta aquí la tesis de Nygren¹.

Ahora bien, de manera sorprendente y audaz, el papa Benedicto XVI, en su encíclica *Dios es amor* (25/12/2005), matizó la tesis de Nygren poniéndole los puntos sobre las

1. A. NYGREN, *Eros und Agape. Gestaltwandlung der christlichen Liebe*, Gütersloh 1957.

íes: «Con frecuencia, ambas [palabras] se contraponen, una [eros] como amor ascendente, y como amor descendente la otra [ágape] ... A menudo, en el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el *ágape* precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, el *eros*. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad *eros* y *ágape* —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general» (nº 7).

El hecho de que *eros* y *ágape* no se contraponen tanto como Nygren y otros estudiosos pensaban puede palpase en el amor de Carlos por Celia, plasmado en los poemas de este libro, amor que impulsa al amante a dar el salto de lo temporal a lo eterno. A su vez, el espiritualismo trascendente no aleja a Carlos de la preocupación por la justicia terrena. Late en todo el poemario, como sucede en los poetas místicos, un serio compromiso por defender valores sociales y denunciar injustos sufrimientos de nuestro mundo: «tantos inocentes ya han pagado / la atroz intolerancia con su sangre / que en su despertar brillará justicia» (*Soneto XLV*). Especialmente molesto para un hombre joven, que desde el Camino de Santiago abrió sus ojos, los ojos del

alma, a la realidad profunda del mundo, ha sido comprobar que no siempre la vivencia religiosa, teóricamente defensora de los pobres y promotora de una justa distribución de la riqueza, es coherente con los principios que defiende. Por ello en este volumen se denuncian las actitudes de aquellos creyentes (o pseudo-creyentes) que, bajo las apariencias de servicio eclesial y de solidaridad, despliegan más bien una defensa de sus intereses personales y económicos como hicieron los mercaderes en el Templo de Jerusalén. Eros y ágape interactúan recíprocamente y llevan a denunciar las incoherencias.

A partir de todo lo hasta ahora expuesto, sería erróneo descalificar los sentimientos del poemario tildándolos de romanticismo sensiblero y pretencioso. No es el caso, ni de lejos. De acuerdo a Ortega y Gasset, «amar es algo más grande que entusiasmarse con las líneas de una cara y el color de una mejilla; es decidirse por un cierto tipo de humanidad que simbólicamente va anunciado en los detalles del rostro, de la voz y del gesto. Amar es afán de engendrar en la belleza, decía Platón. Engendrar, creación de futuro. Belleza, vida óptima. El amor implica una íntima adhesión a cierto tipo de vida humana que nos parece el mejor y que hallamos preformado, insinuado en otro ser»².

Y desde un amor así vivido puede darse el salto a la transcendencia, como ya le sucedió a Petrarca: «¿Qué debo hacer, Amor, o qué conviene? Tiempo es ya de morir y estoy tardando más de lo que quiero. Ella ha muerto, y consigo mi alma tiene; yo la quiero seguir y he de acortar mi tiempo lastimero, pues verla ya no quiero en este mundo, y esperar

2. J. ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, Alianza Editorial, Madrid 2006, 76.

me hastía»³. El ascenso del alma enamorada a Dios es la sublimación espiritual del sentimiento amoroso que en este poemario tanto se palpa. Uno de sus poemas más destacados es el verso libre *Initium Coeli*, cuyo título hace referencia al tramo final del Camino de Santiago entre la ciudad de Compostela y Finisterre; es un símbolo de la muerte del peregrino que, después de haber arribado a la catedral compostelana, comienza una vida nueva en la eternidad del Creador, la cual está representada con la inmersión en las aguas del océano Atlántico. Escribe Carlos en *Initium Coeli*: «Atrás quedaron las estrellas en el cielo / donde escribí tu nombre, / donde habita tu libre espíritu / a merced del tiempo, / que las borre el firmamento».

El sentimiento placentero que deja en el ánimo la lectura del poemario que tenemos entre manos no debería limitarse al deleite meramente estético. Si Carlos aprendió a fondo en 2002 la lección del Camino de Santiago, sería deseable que el lector no sólo se contentara gozando de la belleza intimista de estos versos, sino que también extrajera consecuencias prácticas para su vida, en especial, para su vida interior. Como bien deseaba Séneca para con sus propios escritos: «No deleiten nuestras palabras, sino aprovechen»⁴. Valga este consejo para el lector que acompañe a Carlos hacia *la inmensidad del camino celeste*.

ALBERT VICIANO VIVES

Facultat d'Història, Arqueologia i Arts Cristianes
«Antoni Gaudí». Barcelona

3. Petrarca, *Canción* CCLXVIII.

4. «Non delectent uerba nostra, sed prosint». Séneca, *Epist.* 75,5.

NOTA DEL AUTOR

EL AMOR COMO REVELACIÓN

Platonismo

Estimado lector: No ha llegado a estas páginas por mera casualidad. Algo me dice que la conjunción de la rutina cotidiana con la enigmática complejidad subyacente en el profundo mecanismo del cosmos ha hecho posible que usted se encuentre aquí leyendo mi libro de poemas. Por este motivo, como podrá comprobar en la presente obra poética, mi más sincero ánimo es intentar transmitirle un orden de conceptos basados en la estética y ética del amor, que se centran principalmente en la belleza de las ideas como último hito en un *continuum* en el difícil arte de la alquimia amorosa. Pues, como bien sabrá, la obra platónica del *Banquete* expresa, a través del discurso de Sócrates, que el amor inicialmente nos lleva a contemplar la belleza sensible, comenzando gradualmente por el deleite en la belleza física de una persona, después en la belleza del alma y las acciones bellas, así como las leyes, ciencias, artes, y en el amor al prójimo, para finalmente alcanzar el conocimiento puro y desinteresado de la Belleza en sí misma, que no es sino amar las formas o ideas eternas, inteligibles y perfectas. Por ello, buena parte del poemario remite con frecuencia a la musa madrileña Celia, pues su aspecto alegre, vivaz e intelectual me despertaron los más profundos sentimientos poéticos del alma, aunque desafortunadamente no la he vuelto a ver más desde aquel bello día en que la conocí. Tal hecho

memorable halla su respuesta en la cita de Platón que refleja fielmente tan hermoso acontecimiento: «La mayor declaración de amor es la que no se hace; el hombre que siente mucho, habla poco».

Aletheia

Tal vez su apariencia de intelectual parisina con aquellos cabellos rubios y sus gafas ovaladas me evocaron los convulsos años de mayo del 68 cuando los estudiantes universitarios, incitados por algunos intelectuales de la época, salieron en masa a la calle a reclamar un mundo más justo e igualitario. Mi fascinación por su estereotipo se basaba en la existencia de un yo rebelde que luchaba por manifestarse y darse a conocer por sus ideas, pero que aún no se encontraba plenamente realizado ni formado, sino que esperaba una causa noble en la que enrolarse y luchar. Porque la belleza —decía Stendhal— es una promesa de felicidad, y lo que tiene de bello no es lo que tiene de real, sino lo que tiene de promesa.

Más concretamente, el descubrimiento y la noción de la existencia de Celia supuso un despertar del largo letargo del invierno de la ignorancia, cuyo período remite a la época escolar y los años de la adolescencia principalmente, en los que fui llevado por la inercia de la supeditación y el desprecio de mis otros compañeros. El efecto catártico de Celia sobre mi persona podría asemejarse a la liberación del prisionero en el «mito de la caverna», expuesto por Platón en la *República*, junto con su resultado, que fue el conocimiento de la verdad —«aletheia»—, lo que vendría a significar el hallazgo de la auténtica realidad de las cosas y una toma de conciencia de mi propio ser y del universo circundante.

Amor simbólico

Otro símil aplicable a este efecto de cambio se podría relacionar con la piedra filosofal utilizada en la alquimia desde tiempos pretéritos en Mesopotamia, India, China, Egipto y la antigua Grecia. Ya que a través de este arcano objeto sería posible transmutar los metales como el plomo, el cobre o el hierro en oro, de igual forma en la Edad Media se creía que la purificación del alma podría simbolizarse en dicho proceso alquímico. Fulcanelli, autor misterioso del siglo XX y escritor de varios libros relacionados con este tema, afirmaba que muchos de los elementos alquímicos estarían presentes en las construcciones góticas de las catedrales, ya sea en forma de pórticos, esculturas, bóvedas o vidrieras. Aplicada a la presente obra, esta teoría hermética daría aquí su fruto en la capacidad de la musa de transmutar el intrascendente microcosmos o mundo interior del poeta en algo perdurable y de gran valor. Más en concreto posibilitaría transformar su estatus gris y oprimido en una vida luminosa y productiva a fin de aportar algo valioso al mundo.

El concepto de amor manejado en la obra sintetiza la metáfora del simio recogida en *Li Bestiaires d'Amours di Maistre Richard de Fournival e li Response du Bestiaire*¹: el simio simboliza al hombre desnudo equiparándolo al que no se encuentra aún enamorado y al hombre vestido equiparándolo al que ha afianzado sus sentimientos amorosos. Pues, de igual modo que el hombre nace desnudo, también nace desnudo de amor y desvestido del todo cuando acaba

1. Texto citado en el *Bestiario Medieval* de Ignacio Malaxecheverría. Ed. Siruela. Madrid, 2002, p. 105.

de adquirir conocimiento, por ello se atreve a revelar lo más hondo que su corazón contiene. Pero después del estallido de euforia inicial que supone el enamoramiento, se encuentra hasta tal punto embarazado que no se atreve a revelar pensamiento alguno, sino que teme, al contrario, ser censurado por los otros. Pues es propio de la naturaleza del simio imitar todo lo que ve hacer. De modo que los cazadores taimados que desean capturarlo buscan un lugar en el que el mono pueda verlos. Empiezan entonces a calzarse ante él y después se marchan dejando un par de zapatos de la talla del mono. Entonces llega el mono dispuesto a imitarlos: toma los zapatos y, para su desgracia, se los calza. Pero antes de que pueda quitárselos, el cazador se abalanza sobre él y lo captura. En este contexto se puede comparar al hombre desnudo con el simio libre y descalzo que no puede ser atrapado por los cazadores, al igual que el hombre no es preso antes de enamorarse. En consecuencia y en un sentido moralizante, el presente conjunto metafórico puede interpretarse como el amor puro y desinteresado hacia/desde Celia que, pretendiéndose distanciar del aire confinado que conlleva la pasión amorosa y de un malinterpretado sofisma por parte del profano, persiste libre de ataduras mundanas y falsas expectativas, contraponiéndose a ciertos amoríos convencionales que engendran toda clase de trabas psicológicas y vivenciales como resultado de tóxicas relaciones afectivas no premeditadas o advertidas. Por este motivo cito ahora el texto del filósofo y humanista Erich Fromm en su obra *El arte de amar* que rebatiría la opinión del mencionado profano: «Para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar».

En general, la estructura simbólica del poemario se orienta al aspecto conceptual de un amor que deriva más bien a su asimilación arquetípica, pues, como explicaba el maestro Jung, todo el imaginario simbólico humano permanece en los inconscientes colectivos de todas las épocas y generaciones. No es por tanto difícil encontrar vestigios de antiguos símbolos y mitos ancestrales en la fuente de inspiración de la presente obra como, por ejemplo, la bóveda celeste, el «axis mundi», el «homo viator», Atenea, Venus o Helena. A modo de síntesis, no se postula un modelo de poesía que desencadene la pasión o la sensualidad, pues su último fin es, como comentábamos al principio, migrar el alma humana desde el mero materialismo a la máxima idea de belleza y conocimiento, es decir, a Dios. Si bien los aspectos místico-románticos que metaforizan la belleza femenina y el estado anímico en el paisaje y el cielo se reiteran frecuentemente en los sonetos a Celia, no se dejan por ello a un lado los temas tan universales del ser humano como la hipocresía, la religión, los vicios, la naturaleza, la corrupción, el amor, el provincianismo, la pobreza, la inmigración, el positivismo, las ideas perniciosas, la guerra e incluso la vida y la muerte.

Cultura versus caos

Las diferentes erudiciones que a lo largo de la obra aparecen pretenden resaltar la importancia que las antiguas culturas suponen para el ser humano y cómo éstas sirven de modelo de inspiración casi axiomático para guiar la complicada tarea de la virtud en todo orden de cosas. Pero no se trata de un elogio a la soberbia intelectual ni mucho menos

de un exceso de pedantería por mi parte, sino más bien de un valor que podría ser descubierto por cada ser humano que habita el planeta, sin necesidad de imposición forzada ni adoctrinamiento por parte de un grupo o clase social, ya sea en la escuela o las élites, dejando que la persona descubra la belleza de esas ideas que ya existen desde el origen y *per naturam* en su ser, siempre y cuando su entorno iniciador sea circunstancialmente favorable a ese descubrimiento.

La peregrinación como metáfora de la vida

Como habrá podido apreciar, el título del poemario hace referencia al tramo final del Camino de Santiago entre la ciudad de Compostela y Finisterre, más conocido como «Initium Coeli», que simboliza la muerte del peregrino a la llegada a la ciudad compostelana y el comienzo de una nueva vida en la eternidad del Creador, la cual viene aquí representada con la inmersión en las aguas del océano Atlántico al atardecer frente al «Ara Solis»². La figura del «homo viator» que ya existía desde la prehistoria y que proliferó en la Alta Edad Media tiene, por tanto, una doble dimensión: la física, como viajero o extranjero que se desplaza por los caminos hacia un lugar sagrado, y la simbólica, que representa el tránsito por la vida del ser humano en una búsqueda de sí mismo, de la perfección y de la trascendencia. Por esta razón, el peregrinaje no está exento de sacrificios, soledad, peligros, penurias y renunciaciones. No es un camino fácil, como la vida enseña, aunque también está lleno

2. Jaime Cobreros, *Camino de Santiago*, Geografía del Espíritu. Ed. Obelisco. Barcelona, 2004, p. 121.

de esperanza y por tanto merece ser experimentado en todas sus facetas existenciales. Al igual que, si de un nómada se tratara, el peregrino es un símbolo puesto en acción, también es un ser en constante itinerancia por los caminos de la vida en pos de la morada definitiva en el Cielo, que una vez perdimos con el pecado original. El peregrino sigue un camino interior de introspección —que podríamos denominar ascendente y místico— en su microcosmos individual, que no es más que un reflejo del recorrido de integración universal en el macrocosmos, simbolizado por la Vía Láctea extendida de este a oeste en el firmamento. Dicho de otra manera y como cita la *Tabla esmeralda* atribuida a Hermes Trismegisto³: «Lo que está más abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo. Actúan para cumplir los prodigios del Uno». En definitiva, el Camino de Santiago es un camino de vida, muerte y resurrección a otra vida mejor junto al Padre en el Paraíso y, por supuesto, de reencuentro con las personas a las que amamos y los familiares que un día perdimos, pero, sobre todo, simboliza el nacimiento de un hombre nuevo a la vida presente para seguir caminando hacia un horizonte donde adentrarse definitivamente en el más allá⁴

A modo de resumen, no hay mejor descripción de esta metáfora que la representada por *El Quijote* de Cervantes como caballero andante por las tierras de España en pos de altos y nobles ideales, que lo harán digno merecedor de fama y honra y que magistralmente inmortalizó Rubén Darío en su *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*:

3. Deidad sincrética de dos dioses, el egipcio Tot y el griego Hermes. Su denominación es Hermes, el tres veces grande.

4. Ultraia et Suseia. En el prólogo del presente libro se explica la etimología del término «ultraia».

«[...] Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos,
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión!
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!»⁵

Aspectos sociológicos, políticos y religiosos

Mi interés por estos términos jacobeos se explica principalmente porque deseo contraponerme, parafraseando a René Guénon, a la pérdida de mentalidad simbólica de los tiempos actuales y a la falta de interés por las religiones que caracteriza al hombre moderno. Así no puede más que surgir un modelo de convivencia basado en la falta de educación y civismo, creando un «homo hiper-technologicus» con una fe ciega en la ciencia y la tecnología como nuevo mito o ídolo. La pérdida de valores humanos, éticos y estéticos ha dado paso a una sociedad grotesca que carece de todo referente existencial, por lo que no es descabellado alentar el urgente salto cualitativo de la Revolución Ilustrada a la denominada Revolución de los Valores. De igual modo que

5. Rubén Darío, Madrid, abril de 1905.

existe una carencia de espiritualidad en la sociedad actual, también se dan situaciones donde la religión se ha convertido en un mal endémico en ciertas partes del mundo e incluso en occidente. El empobrecimiento de las creencias religiosas es debido igualmente a la falta de interpretación simbólica y de madurez en los seguidores de religiones que de forma inflexible o dogmática imponen a muchos inocentes su intolerancia. Algunos conceptos como la mal llamada «guerra santa» no encuentran ya su sitio en el mundo contemporáneo de progreso social, al menos que se interprete metafóricamente como una «lucha interior» contra los vicios, el egoísmo y la maldad a fin de restablecer un mundo exento de terror, justo y tolerante. Este concepto de inexorabilidad en la religión también se produce en contextos más occidentales en ciertos movimientos neo-conservadores cristianos, cuya visión de la fe está falta de matices y de sensatez y donde no es extraño encontrarse con situaciones ciertamente ambiguas o ridículas. Tal es el caso de la formación en ciertos centros universitarios religiosos en los que su actitud ante la vida se opone, en la práctica, al mensaje cristiano de no mercantilizar ni banalizar el extenso y complejo conocimiento que los humanos han acumulado con sacrificio durante siglos de persecuciones y que, paradójicamente, algunos alumnos asimilan como un objeto teórico de posesión y prestigio social y no como un valor inmaterial que debe ser transmitido y puesto en práctica al servicio de los demás.

De una manera similar ocurren en el ámbito cotidiano e individual actitudes que podríamos denominar farisaicas cuando se promueve un modo de vida que en la práctica dista de las ideas o filosofías con las que en teoría decimos comprometernos. Es en este contexto cuando irrumpen las

palabras de Jesús en el Evangelio: «El que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?»⁶. Sabemos que ser cristiano o ser como Jesucristo en estos tiempos no es tarea nada fácil y con frecuencia vemos personas que escoran toda su práctica de lo religioso hacia la sacralización y la exteriorización de los ritos, cuando en realidad están vacías de sentido altruista, humilde y espiritual. Hay muchos casos en nuestro entorno cotidiano de personas que proclaman su fe, pero conducen sus vidas por los caminos de la comodidad, del lujo, del clasismo, del poder o del dinero. ¡Qué mal testimonio para el mundo! Este mito fariseo no puede más que ocasionar un innecesario desgaste y una secularización de la sociedad en detrimento de la verdadera Iglesia. De este aspecto se desprende la actitud del hipócrita que Molière recogió magistralmente en su *Don Juan*, en que afirmaba: «La hipocresía es una moda. Y un vicio que está de moda viene a ser como una virtud».

Otro problema acuciante en las sociedades modernas es el fenómeno del sincretismo religioso que ha brotado con la llegada de la «Nueva Era», cuyo propósito es conducir al hombre al dúctil relativismo religioso y a la fabricación de una doctrina a su medida —o a la carta— a base de retales fáciles para el entendimiento racional, lo que ocasiona en muchos adeptos una gran frustración, la pérdida del sentido común y el alejamiento de la sensatez moral, serenidad y sabiduría que transmiten las grandes religiones.

6. Lc 9, 22-25.

Un hecho constatado a lo largo de la historia es el discurso de muchos políticos y gobernantes a favor de defender la causa de los más desfavorecidos, para posteriormente actuar de forma del todo opuesta. Lo que viene a demostrar que muchos regímenes políticos como los totalitarismos, el marxismo, las dictaduras e incluso las democracias corruptas han causado con frecuencia embaucos y manipulación del pueblo por parte de muchos tiranos y sus adeptos en el poder. Como una vez dijo alguien: «el poder implica abuso», y quizá no iba descaminado en su argumentación. En cierto modo los desvaríos del poder generan una gran tensión y desigualdad en la sociedad y en cada hombre, en el sentido de que una actitud delirante del mismo rompe con el equilibrio y la virtud que se pretende para un mundo moderadamente sano en todos sus juicios y valores éticos. En contrapunto con lo anteriormente citado, en nuestros días resulta impactante la desvirtuación del poder mediante la práctica de la demagogia con el fin de influir sobre las masas acríticas o desesperadas, prometiéndoles soluciones fáciles e irrealistas para captar votos, como es el caso de los recientes populismos que están surgiendo en Latinoamérica, Europa y EEUU propiciados por la crisis global. Estas situaciones demuestran la escasa preparación y formación cultural de los ciudadanos, originada principalmente por sistemas educativos deficientes y por la permisividad de los gobiernos ante los grandes poderes fácticos detrás de los medios de comunicación, cuyo objetivo es cosechar personas ingenuas y por tanto fácilmente manipulables.

In medio virtus

Las situaciones anteriores contradicen la idea de virtud transmitida desde la Grecia clásica con Aristóteles y recogida en su libro titulado *Ética a Nicómaco*, que trata, entre otros temas, sobre las dos tipologías de virtud, es decir, las virtudes éticas, dirigidas a gobernar la parte irracional del alma, y las virtudes dianoéticas, referentes a la parte racional de la misma. Mientras las primeras consisten en la domesticación de las pasiones mediante el buen hábito o la buena costumbre por medio de un justo término medio, las segundas hacen referencia a la parte intelectual de la persona. El término medio anteriormente citado, que Aristóteles da a conocer con su aforismo «*in medio virtus*», consiste en el correcto equilibrio comprendido entre los extremos del exceso y del defecto, pero no entendido como una actitud mediocre ante los asuntos de la vida, sino como la sensatez, sabia y prudente, relativa a nuestro ser, a las demás personas y a las circunstancias.

En este sentido son lamentables los comportamientos habituales de nuestros conciudadanos en lo referente a cierta desmedida en las proporciones de asuntos políticos, sociales, económicos e incluso morales y éticos. Nos hemos instalado en las antípodas de la ideología, es decir, en el pensamiento débil, como reacción frente a ciertos grupos minoritarios de presión que se sitúan en el extremo opuesto de nuestra cosmovisión. Ahora bien, el mero hecho de la existencia de grupos intolerantes o sectarios no debería polarizar la sociedad hacia los extremos, sino que más bien habría que esforzarse por encontrar puntos de encuentro y concordia entre ciudadanos, ya que, al fin y al cabo, es más lo que nos une que lo que nos separa. En el relato mítico-sa-

piencial del pecado original, según se lee en el libro bíblico del *Génesis*, se explica aquel intento fallido de asemejarse a Dios en el paraíso, actitud ésta que podemos observar cotidianamente en la realidad de nuestro entorno social, esto es, en la actitud prepotente de muchas personas que, trabajando en el mundo de la política y de los medios de comunicación, se distancian de sus semejantes, que, en su gran mayoría, sufren grandes calamidades y penurias. Y eso explica que el hombre, en su intento de asemejarse soberbiamente a Dios con todos los recursos de la técnica y del conocimiento, solo haya podido reducir en grado mínimo la montaña del dolor.

Alejamiento del materialismo

El consumismo, en todas sus facetas materialistas, visto desde el enfoque involutivo de adquisición ingente de productos como viene acaeciendo en las últimas décadas, degrada considerablemente el ser íntimo de la persona, pues el hombre está compuesto de cuerpo y alma, de tal forma que el hecho de acaparar y poseer artículos con el fin de ser respetado y admirado ante la sociedad, degenera el espíritu y deriva en consecuencias nefastas. Afortunadamente, en los últimos años están surgiendo movimientos ideológicos⁷ y oenegés en contra del neoliberalismo atroz que alertan de la insostenibilidad de este sistema. Ergo, una actitud desordenada en el consumo no puede más que acarrear a la larga un desequilibrio psíquico en la persona,

7. Aunque buena parte de su política sea reprobable, es encomiable la actitud crítica y de protesta ante los abusos de poder en las sociedades modernas.

que se convierte en un esclavo de su pasión desmedida por consumir. Debido a ello urge un cambio significativo de esta conducta por medio de la ejercitación de nuevos hábitos saludables, como podrían ser, por ejemplo, el contacto con la naturaleza, el ejercicio físico, la comida sana o mediterránea, viajar, hablar con algún amigo, la cultura: cine, teatro, lectura, conciertos musicales, museos... En concreto, lo que subyace en mi propuesta es el acercamiento de la persona hacia su propio ser, es decir, al autoconocimiento, el cual está relacionado con las virtudes aristotélicas anteriormente comentadas, especialmente con la prudencia. Para alcanzar este autoconocimiento es de gran ayuda la meditación, sea a través de la práctica de la religión, sea mediante un simple paseo: lo importante es determinar gracias a ella nuestros puntos débiles y fuertes, ordenarnos por dentro y hablarnos a nosotros mismos con el fin de alcanzar la autosanación.

Cito ahora el pensamiento 139 de la obra de Blaise Pascal de título homónimo, *Pensamientos*, sobre el divertimento y que hace alusión a muchos aspectos del hombre de hoy en lo que se refiere a esta faceta: «[...] Y por esto, cuando se les reprocha el que aquello que buscan con tanto ardor no puede satisfacerles, si respondieran, como deberían hacerlo bien pensado, que no buscan con ello sino una ocupación violenta e impetuosa que les desvía de pensar en sí mismos y que por esto se proponen un objeto atractivo que les encante y les atraiga con ardor, dejarían sin réplica a sus adversarios. Pero no responden esto porque no se conocen a sí mismos. No saben que lo que buscan no es la presa, sino la caza»⁸. El hecho de que el hombre em-

8. Blaise Pascal, *Pensamientos*, ed. Brontes. Barcelona, 2011, p. 35.

prenda constantemente actividades que, entreteniéndolo, lo disuadan de pensar en su condición mortal explicaría el porqué de tantas aventuras, juegos y diversiones varias que lo alienan. Según la cita de Pascal, el hecho de poseer la presa —que vendría a representar cualquier objeto de deseo— no nos evade de nuestros pensamientos, pero la actitud desenfrenada de cazar en busca constante de la presa propicia el olvido de meditar en la muerte y la enfermedad. Entienda aquí el lector que el consumo o adquisición constante de bienes podría ser entonces reemplazado por ciertos proyectos de media o larga duración que nos mantengan ocupados diariamente y que favorezcan nuestro crecimiento personal y humano, ya sea estudiando, viajando, leyendo, creando algo bello, en la vida contemplativa o comprometiéndonos con una empresa con la que nos identifiquemos. Como dijo Eduardo Punset, «La verdadera felicidad es cuando estás en la antesala de la felicidad», o lo que es lo mismo: no en el placer inmediato.

Estructura y estado del arte

La colección de los cincuenta sonetos aquí publicados muestra mi evolución como poeta en verso estructurado desde el año 2006, con algunos errores de acentuación y rima en los cinco primeros sonetos que en otros posteriores se corrigen. He preferido circunscribir mi obra poética en verso medido como un intento de conseguir un apropiado equilibrio en la expresión estética del sentimiento, adecuándolo rítmicamente a un modelo que requiere reflexión y que ha sido ampliamente aceptado desde el Siglo de Oro como es el soneto. De igual manera, la influencia

becqueriana se hace presente también en la asonancia de las rimas de los sonetos, con el fin de adecuar su musicalidad a una poesía de vanguardia. Cabe indicar que los sonetos II y V prescinden de medida, pues mi admiración por la obra poética de Neruda me hizo inicialmente inclinarme hacia el tipo de verso libre utilizado en su insigne obra *Cien sonetos de amor*.

En debida cuenta, de acuerdo a las tesis del diálogo platónico de *Ión*, podría criticarse el actual panorama de ingente e insubstantial publicación literaria en el mundo —véase literatura rosa, superventas, etc.— reprochándole que adolece de las mismas carencias de la sociedad de consumo, y por ello el filósofo plantea que el arte de la poesía no es solo obra que deba esperar pacientemente la inspiración divina, sino que es un verdadero arte que requiere un esforzado aprendizaje, como cualquier otra ciencia. Este hecho tiene su origen en el problema que ya enunció el filósofo canadiense McLuhan a mediados del siglo XX acuñando el concepto de «aldea global», que ha sido un factor propulsor de la actual globalización. El surgimiento de Internet con todos sus aspectos positivos relacionados con la transmisión e intercambio de conocimientos y la rápida comunicación entre personas de cualquier latitud han dado paso a la democratización de la cultura y al acceso del gran público a un mundo que hasta entonces permanecía herético para el profano. Como botón de muestra, menciono el reciente caso, de gran impacto mediático, del sitio «Wikileaks», en el que se revelaron abusos de poder y espionaje del gobierno de los EEUU mediante la publicación de documentos oficiales y que ha suscitado, a la postre, el surgimiento de otras páginas Web similares de diversa ideología, pero ubicadas en la misma línea crítica. Se po-

dría considerar un gran éxito de la técnica. En contrapartida, sin embargo, este fenómeno también ha hecho que la vulgaridad de la moda y cualquier noticia, por mínima e insignificante que sea, se propaguen por el orbe a la velocidad de la luz, dando lugar a un mundo totalmente sincronizado, cual si de arañas sociales se tratara, esperando a devorar su presa al unísono.

Las consecuencias socioculturales que ha acarreado esta nueva tendencia son plausibles: relativismo, frivolidad, modas excéntricas, mimetismo del comportamiento social, delincuencia, depresiones, abusos de todo tipo, etc. Recuerdo con añoranza los últimos años de la década de los noventa cuando Internet era mayoritariamente una gran Biblioteca de Alejandría para los que éramos pioneros del acceso al saber desde el hogar. De igual modo, la poesía debería ser un modelo que salvaguarde estos principios y no incurra en la sobreabundancia ni la superficialidad.

Asimismo, el arte de la poesía debe ser vivo retrato⁹ de nuestra sociedad, al igual que hicieron Joaquín Sorolla y otros muchos pintores en sus cuadros de motivos costumbristas. El poeta debe reivindicar o reflejar la injusticia social, la belleza, el amor, el fracaso, la nostalgia, la soledad, el paso del tiempo, la existencia o la utopía como eternos dilemas que siempre han acompañado al ser humano; pero también el paisaje y las metáforas que se derivan de él como un canto a la naturaleza que estamos perdiendo a causa del efecto nocivo de la insensibilidad del hombre hacia su entorno, a causa del afán de producir industrialmente y a causa de la búsqueda del confort.

9. «Ut pictura poesis» («La poesía es como la pintura»). Horacio, *Ars Poética* 361.

Agradecimientos

No quisiera terminar esta nota sin antes agradecer a mis padres su permanente compañía, especialmente a mi madre, Carolina Bernal-Quirós Casciaro, Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense allá en los años sesenta y que fue más tarde una comprometida profesora de Lengua y Literatura en un colegio de Murcia. Ella ha sido la maestra que tanto me ha enseñado de este sabio y bello idioma cervantino que fraterniza a los pueblos y que la vida me ha sabido prestar con el fin de expresar lo que modestamente creo útil en bien de la humanidad. También quisiera agradecer la contribución del profesor y teólogo Albert Viciano Vives a esta obra con la escritura de su prólogo y por ser todo un ejemplo constatado de amistad inquebrantable. A mi editora, Alicia Arés, por la oportunidad que me ha brindado al publicar mi poemario con su sello, el cual me parece todo un paradigma de buen gusto tanto en criterios de estilo y formato como en los contenidos escritos por otros autores. Y, por su puesto, a la editorial Cuadernos del Laberinto por su interés en el verso clásico y medido, puesto que en estos tiempos desnortados y líquidos ya no se aprecia el trabajo de horas o días que conlleva la versificación de sonetos que intentan conjugar una estructura sintáctica y métrica con una semántica culta, ética y estética.

Finalmente agradezco la actitud del lector por su capacidad de apreciar estos versos, cuyas reminiscencias líricas retrotraen a un tiempo ya pasado, en el que el modo de pensar y vivir difería diametralmente del mundo actual confuso, contradictorio y globalizado, en el que se pretende imponer el pensamiento único y donde nos movemos a un ritmo vertiginoso con el afán de conseguir objetivos cada

vez más lejanos, pero sin llegar a ninguna parte esencialmente humana. Ese tiempo, que ya solo queda cincelado con nostalgia en los sillares ruinosos de un monumento. Ese tiempo olvidado, que duerme ahora en los estantes cubiertos de polvo de un anticuario a la espera de la caricia del hada del recuerdo...

CARLOS JIMÉNEZ DE PARGA

Sonetos



Soneto I

Si alguna vez te viera te diría
que eres tan bella como flor del cielo
y cuando el viento cruza tu cabello
eres bandera de la poesía.

Llevo en mi cicatriz tu sonrisa
mas tu figura olvidar no puedo
cuando derrotado miro al firmamento
y veo tus ojos brillar arriba.

El destino nos separó por siempre
en una encrucijada de la vida
mas tu recuerdo me es indeleble.

Rabia sentí por perderte aquel día
pues mi mayor dicha fue conocerte
y pensar que eres feliz mi alegría.

Soneto II

Cuando el invierno consuma tu belleza
y la fría noche hiele tu postrera juventud
allí estaré yo para recordarte
los dichosos días de tu rebelde primavera.

No puedo olvidar el resplandor de tus ojos:
luz de otoño y calor de una candela.
Las caídas hojas secas coronan tu cabeza
bajo el atardecer de las calles del amor.

El viento susurra tu nombre
en cada esquina de la infinita ciudad
donde tus pasos se perdieron en el olvido.

Jamás entenderé el cómo y el porqué
de buscarte en los recodos vacíos del ayer
pero si algo hay cierto, es que te quiero.

Soneto III

Te imagino, niña de gran ciudad,
entre la metrópoli escondida
caminando en las calles infinitas
buscando en alguien la felicidad.

Una lágrima brota en tu mirar
dulcemente acaricia tu mejilla
como un ave vuela en la brisa
y al caer rompe en un inmenso mar.

Querías evadirte en un sueño
y de estrellas de una constelación
tus pupilas llenar con mil reflejos.

Siento aquel verano de dos mil dos
cuando bailabas al compás del cielo,
mas todo aquello, en qué se quedó.

Soneto IV

Eres una estela en el raso cielo
que el excelso viento quiso trazar,
eres una cometa sin soltar
que quedó perdida por un destello.

Eres un azulado firmamento
que los poetas quisieron soñar,
eres una estrella sobre la mar
que guió a un derrotado velero.

Mi vida es un camino a la utopía,
tu vida un camino sobre mi noche
que se han de cruzar un eterno día.

No me quedarán así más razones
para verter contigo mi alegría
que en un instante unir los corazones.